

salud habia de hacer gran provecho en aquellos bárbaros. A pocos dias de navegacion se halló tan bueno que se encargó de la cocina y despensa, sirviendo á todos más que si fuera esclavo de cada uno.

II

Virtudes que ejerció en el Brasil.

Cuando nuestro José se vió en el Brasil, que para él fué la tierra de promision bien deseada para padecer y hacer mucho por Cristo, fué cosa increíble cuán de veras se abrazó con los trabajos por el bien de las almas en cuantas ocupaciones tuvo hasta el fin de su vida, siendo Hermano, y despues de Padre, siendo Operario, Misionero, Rector y Provincial, ayudándole Dios nuestro Señor con grandes prodigios en cuanto ponía la mano; porque cuanto él más se humillaba, y mortificaba, y deshacia, tanto más le engrandecía el Señor, porque se complacia en las heróicas virtudes de su siervo.

Sus disciplinas eran continuas, sus silicios ásperos; siempre dormía vestido, ó por mejor decir, no dormía, pasando casi toda la noche en oracion: hacia perpetua compañía á los enfermos, velábalos, tomando sólo un breve rato de descanso, echándose sobre una tabla y poniendo por almohada un zapato dentro de otro; pero cuando dormía á sus solas, tenía un manojo de varas espinosas en el cual reclinaba la cabeza; al resto del cuerpo servía de lecho la dureza de la tierra.

Los caminos que hacia por lugares muy fragosos aún siendo Provincial, siempre fueron á pié y descalzo, por padecer más por Jesucristo. Lo que más es que, caminando por partes donde la tierra es tan dura que un carro bien cargado no deja señal de las ruedas, y fuera de eso tiene tan mala calidad, que aún á los que caminan por ella con zapatos de gruesas suelas se les abren las plantas de los pies y parece que las despedaza con poco que anden; con todo eso caminaba aquí este siervo de Dios descalzo totalmente, porque nunca dejó su santa costumbre, y le parecia que caminaba sobre flores, porque lo hacia por Dios.

Iba por caminos muy ásperos y montuosos con tanta ligereza, que parecia que volaba, alentándole la fuerza del amor divino. Sucedióle muchas veces decir á sus compañeros que pasasen adelante, por quedarse él á solas á tener oracion; pero al cabo de tiempo, cuando ellos pensaban que quedaba atrás, le hallaban delante de sí, porque se les habia adelantado sin haberle ninguno visto pasar, traspasándole el Angel del Señor de un lugar á otro, para que no perdiese el tiempo que habia estado con su Dios.

Su oracion era continua, porque eran muchas las horas que daba á este santo ejercicio. La noche casi toda pasaba orando, no dando reposo al cuerpo, sino al alma. En las muchas peregrinaciones que tuvo solia llegar hecho pedazos de cansancio, pero no por eso tomaba más descanso que en casa, pasando la noche en oracion, como solia.

Fuera de esto, la presencia que tenia de Dios era continua, teniéndole presente en todas las cosas y negocios; porque, como otro Moisés, de tal manera trataba con los hombres, que estaba juntamente hablando con su Criador. Todas sus palabras parece que sacaba, no de pecho humano, sino de un espíritu angélico. Ningun lugar, tiempo, ocupacion, le apartaba el pensamiento de Dios, y á veces era con tanta intension, que estando comiendo se olvidaba de la comida.

Era devotísimo de la Pasion de Cristo, y muchas veces acudiendo los de casa para hablarle en su aposento, le hallaban de rodillas encendido todo el rostro y puestas las manos, arrojando mil suspiros al cielo que salian del centro de su corazon, y repitiendo los nombres de los tormentos de la Pasion; y de noche los que andaban con él en sus peregrinaciones, le oian repetir los mismos nombres, hiriendo, al pronunciarlo, la tierra con los pies, señal del vivo sentimiento que tenia en el alma.

Muchas veces le vieron orando todo rodeado de luz, echando tan claros resplandores como el sol; otras levantado de la tierra. Del continuo uso de orar se le hicieron grandes callos en las rodillas, como á Santiago el Menor, y se exasperaron de manera que se le abrieron é hicieron grietas.

Favorecióle el Señor su oracion con grandes demostraciones. Una vez le dió á experimentar los tormentos de la Pasion de Jesucristo, sintiendo en su cuerpo aquellos excesivos dolores y tormentos.

Estando una noche orando en una ermita ú oratorio de la Virgen, en que no habia luz alguna, la vieron desde un castillo vecino llena de luz, despidiendo grandes rayos de claridad por las ventanas, y cercando los resplandores todo el edificio. Juntamente sonaba una acordada música de admirables voces. Quiso un yerno del alcaide del castillo, llamado Alonso Gonzalez, ir á ver lo que era aquel prodigio, pero en el camino se le erizaron los cabellos, ocupándole repentinamente un grande pavor, sintiendo juntamente detenerle una fuerza y mano invisible, y así se estuvo gozando largo rato de aquella fiesta de los ángeles, que hacian al siervo de Dios. Preguntáronle despues qué habia sido aquello; al principio divertía la plática, pero importunado de Alonso Gonzalez y su mujer que lo vió tambien, les pidió muy de veras que no lo dijese á nadie mientras les durase la vida.

Al paso que gozaba, aún en vida mortal, de los gustos y riquezas del cie-

lo, despreciaba las de la tierra, teniendo suma pobreza de espíritu. Sólo tenía los vestidos que traía á cuestras, y esos gastados y raidos, los peores siempre de casa; el aposento estaba tan sin alhajas, que aún plumas no tenía en él, y cuando había de escribir las pedía prestadas por el tiempo que las había menester, y luego las volvía á quien se las había dado.

Los papeles que hacía de sus estudios daba á otros, y si alguno más necesario había de guardar para aprovecharse de él en ocasiones, y tener depositada allí la memoria de algunos discursos, lo entregaba á su Superior para que él lo guardase, no queriendo tener posesion de cosa criada; pero con eso poseía todo. No quería recibir dones, por pequeños que parecían, y aunque fuesen de devocion, por estar más despegado y libre de todo.

Mucho menos quería honras de la tierra, conservándose en una profundísima humildad; de modo que, con ser tan raras sus virtudes y tan prodigiosos sus milagros, como luego veremos; decían algunos que ninguna cosa les admiraba más que su humildad y aquel arte maravilloso con que solía encubrir sus virtudes; si bien las obras milagrosas que el Señor obraba con gran sinceridad y bondad las dejaba de encubrir algunas veces, porque él no se atribuía ninguna á sí, y conocía que Dios quería ser alabado por ellas.

De este amor de la pobreza y desprecio de sí y del mundo, le nacía la suma paz del corazón que poseía, sin turbarse por ninguna cosa ni perder su mansedumbre por agravios que le hiciesen. Hablábanle una vez de cierta persona que le había injuriado gravemente, mas él no sintiéndose agraviado en nada, respondió: «Por cierto más gravemente ofendió á Dios que á mí, y pues que Dios le sufre, justo es que por su amor yo le sufra y perdone toda mi ofensa;» ántes hacía mucho bien á los que injuriaban, por lo ménos con sus fervorosas oraciones.

Una vez, habiendo resistido con alguna eficacia á uno que hacía grande agravio á un colegio de la Compañía y lo defendía protervamente, pareciéndole al siervo de Dios que había excedido los términos de su blandura, dijo: «Pésame de haber entristecido á aquel hombre, pero yo le daré la satisfacción;» y la satisfacción fué, que el que ántes no trataba con ninguno de la Compañía, despues de la porfía se vino á poner á los pies de nuestro José, y fió de él toda su alma, haciendo una confesion general de toda su vida.

Tenía grande compasion á los enfermos, siendo todo su alivio; servíalos con extraña diligencia y gozo de su alma aderezándoles la comida, traíasela, hacíales las camas, levantábalos cuando no tenían fuerzas, limpiábalas las vasijas inmundas con grande humildad y devocion, velábalos sin apartarse de su lado de día ni de noche: de manera que cuando alguno le buscaba, no iba á su aposento, sino al de los enfermos, donde le hallaban de ordinario.

Con los indios no sólo era su enfermero, pero su médico; visitábales, ordenábales la comida, sangrías y otras medicinas, porque en aquella tierra, por la falta de médicos, había privilegio para curar los religiosos y aún los Sacerdotes, principalmente en beneficio de los pobres, si bien más los curaba José sobrenaturalmente con su oracion que por medicamentos naturales, teniendo semejante arte, caridad, y curas admirables que S. Cosme y S. Damian.

Esta caridad se podrá echar de ver por una carta que ha venido á mis manos, la cual escribió á los enfermos de Portugal, siendo él aún Hermano recién llegado al Brasil, y me ha parecido ponerla aquí, porque cualquiera cosa de tan admirable varon es digna de memoria; en ella se conocerá su gran espíritu: es la siguiente.

«*Pax Christi*. La gracia de nuestro Señor os consuele, cristianísimos hermanos enfermos, y os dé obras conforme al nombre que teneis. Amen. Ya escribí otras y principalmente con el P. Leonardo Nuñez, despues de cuya partida llegaron las vuestras y nos dieron grande consolacion. Las nuevas que acá hay, en los cuatrimestres se verán largamente; en esta no quería, sino daros una nueva, y es que *virtus in infirmitate perficitur*, la cual fué para mí harto nueva todos los días que ahí estuve.

«Mucho teneis, carísimos hermanos, que dar gracias al Señor, porque os hace participantes de sus trabajos y enfermedades, en las cuales mostró el amor que nos tenía; razon será que lo sirvamos, á lo ménos algun poquito, con tener gran paciencia en las enfermedades y en ellas perfeccionar la virtud. La muy larga conversacion que tuve en esas enfermerías me hace no poder olvidarme de mis carísimos coinfirmos, deseando verlos curar con otras más fuertes medicinas que las que allá usais, porque sin duda por lo que en mí experimenté, os puedo decir que esas medicinas materiales poco hacen y aprovechan.

»Por otras cartas os he escrito ya de mi disposicion, la cual despues acá cada día se renueva, de manera que ninguna diferencia hay de mí á un sano, aunque algunas veces no dejo de tener algunas reliquias de las enfermedades pasadas. Pero no hago más cuenta de ellas, como si no fuesen *in rerum natura*.

»Hasta ahora siempre he estado en Piratininga, que es la primera aldea de indios, que está diez leguas del mar, como en otras cartas os he escrito; en ella estaré por ahora, porque es tierra muy buena; y porque no tenía purgas ni regalos de la enfermería, muchas veces era necesario comer (y aún casi lo más comun) hojas de mostazos cocidas, con otras legumbres de la tierra y otros manjares que allá no podreis imaginar, junto con entender en enseñar gramática en tres clases diferentes desde por la mañana hasta la noche, y á

las veces estando durmiendo, me venian á despertar para preguntarme; y en todo esto parece que sanaba, y es así, porque en haciendo cuenta que no estaba enfermo, comencé á estar sano: y podreis ver mi disposicion por las cartas que allá escribo, las cuales parecia cosa imposible poder escribir estando allá; y más que toda la Cuaresma comia carne, como sabeis, ahora la ayuno toda.

»Lo mismo os digo del H. Gregorio, el cual, aunque no está tan sano como yo por ser de más flaca complexion, todavía él no me quiere dar la ventaja. A lo ménos os sé decir que para un negocio de importancia que fué necesario ir de aquí á Piratininga muy de prisa, que es camino muy áspero, y segun creo el peor que hay en el mundo, de atoladeros, y subidas y montes, lo escogieron á él como más recio, habiendo otros más sanos en casa; y así fué, durmiendo con la camisa empapada en agua, sin fuego entre montes. *Et vivit, et vivimus.*

»En este tiempo que estuve en Piratininga serví de médico y barbero, curando y sangrando á muchos de aquellos indios, de los cuales vivieron algunos, de quien no se esperaba vida, por haber muerto muchos de aquellas enfermedades. Ahora estoy aquí en S. Vicente, que vine con nuestro P. Manuel de Nobrega, para despachar estas cartas que allá van.

»Demás de esto he aprendido un oficio que me enseñó la necesidad, que es hacer alpargatas, y soy ya buen maestro, y he hecho muchas á los Hermanos, porque no se puede andar por acá con zapatos de cuero por los montes. Esto todo es poco para lo que nuestro Señor os mostrará, cuando acá viniéredes.

»Cuanto á la lengua yo estoy adelante: aunque es muy poco para lo que supiera, si no me ocupara en leer gramática; todavía tengo colegida toda la maña de ella por arte; y para mí tengo entendido casi todo el modo de ella; no la pongo en arte, porque no hay acá á quien aproveche, sólo yo me aprovecho de ella, y aprovecharsehan los que de allá vinieren que supieren gramática.

»Finalmente, carísimos, sé decir, que si el P. Maestro Miron quisiere enviaros á todos los que quedais opilados y medio dolientes, la tierra es muy buena, hacerosheis muy sanos; las medicinas son trabajos, y tantos mejores, cuanto más conformes á Cristo.

»Tambien os digo, carísimos Hermanos, que no basta con cualesquier fervores salir de Coimbra, sino que es menester traer alforja llena de virtudes adquiridas, porque, de verdad, los trabajos que la Compañía tiene en esta tierra son grandes, y acaece andar un Hermano de la Compañía entre indios seis y siete meses, en medio de la maldad y de sus ministros, sin te-

ner otro con quien conversar sino con ellos, donde conviene ser santo para ser Hermano de la Compañía de Jesus.

»No digo más, sino que aparejeis grande fortaleza interior, y grandes deseos de padecer, de manera que, aunque los trabajos sean muchos, os parezcan pocos; y haced un grande corazon, porque no tendreis lugar para estar meditando en vuestros recogimientos, sino *in medio iniquitatis et super flumina Babilonis*; y sin duda porque en Babilonia, *rogo vos omnes ut semper orctis pro paupere fratre Ioseph.* A mis carísimos Padres, y Hermanos me encomiendo en sus oraciones, y particularmente á mi carísimo P. Antonio Correa y á los Padres que fueron y son mis padres, ruego y pido se acuerden de este pobre, que engendraron en Cristo, *et nutrierunt; opto vos omnes bene valere.*

Pauper, et inutilis.

IOSEPH.»

Con esta carta consoló nuestro misericordioso José á los enfermos de Portugal, de los cuales fué tan compasivo, como hemos dicho. Pero si el mismo siervo de Dios caía enfermo, era su apacibilidad y caridad tan grande, que por no interrumpir el sueño á los que le asistian ni darles trabajo, sufría muchos dolores é incomodidades por no darles cuidado. Mas cuando navegaba ó caminaba, él velaba porque los demas durmiesen, cargándose siempre del mayor trabajo, lo cual no sólo hacia con la gente portuguesa, sino con los mismos bárbaros brasiles que le acompañaban en sus caminos; porque, quedándose ellos en el campo descubiertos al cielo, él los recogía en su tienda; mientras dormian, cuidaba con su gran caridad de avivarles y sustentarles el fuego, que es el remedio que aquella gente acostumbra, en lugar de ropa y mantas, contra el frio de la noche.

Cuando veía triste á algun brasil, hacia cuanto podia por consolarle; ellos mismos confesaban que venian siempre muy alegres de su presencia. De falta ajena no se habia de tratar delante de él. A todas necesidades acudia, y si no podia él remediarlas, con limosnas de otros las socorria.

Sustentaba muchas viudas y pobres desamparadas. Tenia grande gracia en sus palabras, para obligar á que los ricos diesen limosnas. Jerónimo Precio daba muchas á persuasion del siervo de Dios, el cual estando ausente, le escribió dándole gracias por ello, diciendo que en este género de trato no podia dejar de ganar, porque los pobres le daban por fiador á Dios, de que le pagarian en el cielo. Movióse tanto aquel hombre con esto que, arrojándose en tierra y puesto de rodillas, abrazaba la carta, apretándola al pecho y besando las letras, y allí ántes de levantarse hizo voto á Dios, no sólo de

nunca negar á pobre alguno limosna, sino de hacerlas doblado mayores; y cumplió su promesa tan largamente, que dió de allí adelante dos tantos más, y la Cuaresma tresdoblado.

La obediencia estimaba más nuestro José, que su misma vida; no queria que dejasen los Superiores cosa alguna á su albedrío, sino ser mandado en todo. Guardaba todas las reglas exactísimamente, pero, con todo eso, iba muchas veces al Superior, é hincado de rodillas le pedia perdon y penitencia por la falta de observarlas. Todo trabajó por obediencia no sólo le era fácil, sino gustosísimo.

Caminando un día con otro de la Compañía, iban los dos descalzos los pies y por camino áspero y lleno de agua y cieno, y así iban con gran fatiga; pero deseoso el santo varon de mayores trabajos, dijo al compañero: «H. Jerónimo Suarez (así se llamaba) algunos desean que les coja la muerte en varias partes ó colegios, conforme el afecto de cada uno, para pasar aquel último trance con mayor ánimo y consuelo, ayudados de la caridad de sus Hermanos; pero yo digo, que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos.»

Todas las obras que le encargaba la obediencia, las procuraba hacer con suma perfeccion, aunque se consumiese del trabajo que le costarian. Era excelente en la latinidad y buenas letras, y así, en llegando al Brasil, siendo Hermano, le encargaron enseñase la lengua latina en Piratininga. No habia la copia de libros necesaria para los discípulos; remediábala el siervo de Dios con su trabajo, porque por su misma mano escribia lo que habian de aprender de los libros, repartiendo á cada discípulo su cuaderno. Faltábanle los dias para esto, pero él lo suplía de las noches, pasándolas sin dormir, cogiéndole la mañana con la pluma en la mano.

Habiendo escrito bastantes cuadernos de autores y preceptos gramáticos, y no se satisfaciendo su encendido celo de sola aquella ocupacion, deseoso de la salvacion de aquellos bárbaros, aprendió la lengua brasil con tal perfeccion, que hizo despues un diccionario de ella y un arte utilísima que se dió á la estampa, para que los de la Compañía aprendiesen con gran facilidad la lengua.

Tradujo la Doctrina Cristiana en lengua brasil. Hizo un interrogatorio para las confesiones de los indios, y unos avisos necesarios para instruir á los brasilos cristianos en la hora de la muerte. No podia sufrir los cantares deshonestos que entonan por las calles los muchachos; y así compuso otros honestos y piadosos, porque era excelente poeta, con los cuales desterró los lascivos; compúsolos con tanta gracia, que los recibieron todos tan bien, que no se cantaba ya otra cosa sino aquellos cantares llenos de alabanzas divinas.

III

Ocupaciones de Hermano, con notables maravillas que obró.

Desde este tiempo empezaba á hacer oficio de apóstol de aquellos bárbaros y Dios á hacerle maravilloso, porque habiéndole mandado su Superior hiciese una comedia, como se suele hacer en los estudios de la Compañía, del respeto que se debe á las cosas sagradas y divinas, para que reparase en esta parte el daño que se temia por el mal ejemplo que algunos cristianos de Europa daban á los indios recientemente convertidos; hizolo el obediente José, con gran deseo de obedecer bien y aprovechar al pueblo.

Por ser cosa nueva concurrió mucha gente; estaba ya para representarse, cuando sobrevino una terrible tempestad que empezaba á descargar sobre el auditorio; levantábase ya la gente para irse; salió entónces nuestro José, despues de haberlo encomendado á Dios, diciendo á voces que se sosegasen, asegurando que no lloveria, porque pararian las aguas hasta que se acabase la comedia. Tenia tanta autoridad para con todos la santidad de José, que bastó esto para sosegarlos y quedar todos muy seguros que seria así. Duró tres horas la comedia, amenazando cada instante con cántaros de agua las nubes; pero tenialas atadas la oracion del siervo de Dios hasta que se fué la gente; entónces descargó la tempestad violentada tantas horas, resolviéndose en agua con grandes torbellinos y temerosos truenos.

Con semejantes sucesos y con sus raras virtudes ganó tanta opinion nuestro José que, aún siendo Hermano, le ocupaban los Superiores en negocios de grande importancia.

Enviábanle á misiones dificultosas á visitar á algunos colegios de la Compañía; y en la guerra de los tapuyas, gente ferocísima y comedora de carne humana, le enviaron con el P. Manuel de Nobrega, que acababa de ser Provincial, por embajador, para tratar de la paz. Fué necesario quedarse solo José por rehenes entre aquellos bárbaros que estaban atónitos de su modo de vida tan santa. Ofrecíanle, por hacerle fiesta, sus mujeres: admirábanse que hubiese hombre en la tierra que no admitiese aquella cortesía y que pudiese vivir continente. Dábales á entender el santo mancebo cómo se conservaba casto, mostrando las disciplinas, cilicios y otras asperezas con que affigia su carne.

Antes de partirse el P. Nobrega le avisó el santo H. José de tres cosas que Dios le habia revelado aquella misma noche. Una fué, que cierto fuerte ó castillo de los nuestros habian entrado los enemigos tapuyas con muerte del